

No es oro todo lo que aparenta serlo

POR JUAN JOSE LLACH *

Pareciera que nada más podría pedirle la política a la economía. El PIB crecerá 7.5%, el clima llevó la cosecha de granos cerca del máximo histórico, muchas industrias producen como nunca, el consumo vuela, proliferan los nuevos propietarios de autos, electrodomésticos y computadoras, la recaudación bate récords y baja el riesgo país.

Inciden en este buen desempeño decisiones del Gobierno como el canje de la deuda y la asignación por hijo, la mejor política social en mucho tiempo, inexplicablemente lejos de ser universal. Otros datos son menos relucientes. El desempleo baja, pero el empleo aumenta lentamente. Las exportaciones crecen sólo la mitad que las importaciones y el superávit fiscal se ha transformado en déficit. Aunque las autoridades los soslayan, esta bonanza debe mucho al retorno del mismo viento de cola que empujó a la economía desde 2002 hasta 2008, por el vigoroso crecimiento de los países emergentes, que atravesaron airoso la crisis y aumentan su demanda de alimentos y otros bienes básicos producidos por todas las provincias argentinas.

La más sonora nota discordante la da la inflación, que llegará en 2010 al 25%, la segunda más alta del mundo luego de Venezuela. El Gobierno sigue desechando la opción más lógica de hacer un programa de estabilización porque se niega a reconocer las falsedades del Indec, aunque tal vez intentará en 2011 algún programa cosmético de cara a las elecciones.

Otra alternativa era seguir como hasta ahora, usando al tipo de cambio como ancla, cumpliendo el programa monetario y desacelerando un poco el gasto fiscal. Ambas permitirían reducir gradualmente la inflación, consiguiendo idénticos resultados en los ingresos y gastos reales con menores aumentos nominales.

En cambio, con las decisiones recientes de aumentar las jubilaciones, la asignación por hijo y el salario mínimo sin programa estabilizador se insinúa una peligrosa indexación de la economía. Es indudable la justicia y la legalidad de estos aumentos.

Pero uno de los dramas de la inflación es, precisamente, la necesidad de aumentarla para hacer una justicia que ella misma se encargará de hacer efímera, como ocurre ahora mismo con las jubilaciones.

AMENAZAS

La inflación se nota a diario. Muchos otros problemas, en cambio, permanecen ocultos pero también amenazan la sostenibilidad del crecimiento argentino. Comenzando por la producción: la demanda



La Argentina lleva nueve años sin un derrumbe macroeconómico y eso es bueno para los más pobres. Sin embargo, el crecimiento se basa en hipotecar el bienestar de las generaciones futuras.

mundial pero también las políticas agropecuarias están llevando a una sojización que degrada los suelos. Nos consumimos diez millones de cabezas de ganado en pocos años, y su naciente reposición será lenta y muy costosa.

En esta década se han reducido sustancialmente las reservas de petróleo de 488 a 380 millones de metros cúbicos, y las de gas de 777 a 350 millones. Pese a indudables logros, también la industria manufacturera muestra escasas nuevas plantas de porte, aunque sí mucho mantenimiento y ampliaciones, junto al bienvenido crecimiento de muchas pymes.

Las exportaciones en volumen físico han crecido desde 2001 un 4,5% anual, menos que el 7,5% de la década anterior, y aun las exportaciones de manufacturas industriales crecieron 8,9% anual, también menos que el 9,5% de la anterior (9,6%).

Pese a los discursos, poco se ha progresado en esta década para lograr una estructura productiva diversificada y centrada en el valor agregado y el conocimiento. No es sorprendente porque todavía carecemos de una genuina

estrategia de desarrollo pese a las erráticas cataratas de anuncios muchas veces incumplidos.

También la infraestructura muestra flancos débiles. Se cifraron demasiadas esperanzas en el tipo de cambio alto casi sin atender la competitividad basada en instituciones e inversiones de calidad. Se ha abandonado el discurso del tipo de cambio alto, el superávit externo está en retroceso y el primer trimestre de este año la cuenta corriente externa ha mostrado déficit por primera vez desde 2001.

El sistema financiero y el mercado de capitales se han achicado aún más y no hay instrumentos de ahorro o crédito a largo plazo. La inversión de los particulares argentinos en el exterior aumentó en esta década de 81.900 a 134.200 millones de dólares, y la proyección inversora de las empresas argentinas ha sido exigua.

Los números de la inversión extranjera en el país no son mejores y Perú está a punto de desplazarnos al sexto lugar en Latinoamérica. La inversión total recupera lo perdido en 2009, pero es insuficiente pa-

ra sostener el actual ritmo de crecimiento, basado como está, en buena medida, en el consumo de capital, en la alta inflación y en distorsiones de precios como los de la energía y el tipo de cambio.

INSOSTENIBLE

Además de la reaparición del déficit, en materia fiscal nos encontramos con ineficiencias, y también déficit, en las crecientes empresas públicas y un deterioro del cumplimiento tributario, como se ve ahora mismo en el anémico crecimiento del IVA. Las sucesivas reformas provisionales han cargado de deudas a las generaciones futuras y el nivel del gasto público llega a un récord cercano al 44% del PIB, sólo financiado recurriendo al impuesto inflacionario y al desplazamiento del crédito al sector privado.

Hay sí un dato claramente positivo y es la reducción del peso de la deuda pública que hacia fin de año

se ubicará alrededor de un 43% del PIB y en valores aún menores si no se considera a los acreedores del propio sector público.

Ocurre así que, como tantas veces en el pasado, el crecimiento del país no es sostenible y se basa en hipotecar parte importante del bienestar de las generaciones futuras. No obstante, la Argentina cumplirá en 2010 nueve años sin un derrumbe macroeconómico, acercándose al récord de 1963 a 1974, y esto es muy bueno para el país, para la democracia y para los más pobres, siempre los que más sufren esas catástrofes.

El marco mundial favorable centrado en los países emergentes puede durar aún un par de décadas, por lo que habrá nuevas oportunidades de lograr un desarrollo integral y sostenible sin pasar necesariamente por un nuevo trauma. Por ello es difícil que la campaña electoral de 2011 esté centrada en el problema económico, salvo en el caso de la inflación que sí será protagonista.

Ante un gobierno que esgrimirá sólo la cara complaciente de la reactivación económica la oposición se las deberá ingeniar para mostrar que es posible un futuro verdaderamente mejor en lo económico, pero también en lo político y en lo social ■

“Poco se ha progresado para lograr una estructura productiva diversificada, centrada en el valor agregado.”

